

# Fracturas del patrimonio. O las formas de valorar que el sismo exhibió. Notas sobre Tlayacapan

Israel Lazcarro Salgado\*

Como todos sabemos, un terremoto con epicentro en el Altiplano es inusual. Sin embargo, como la historia lo demuestra, y a juzgar por el patrón cíclico que presenta el movimiento tectónico en México, todos hemos de sufrir al menos dos grandes sismos a lo largo de nuestra vida. Tales son las consecuencias de vivir en una tierra presionada entre cuatro placas tectónicas, que han diseñado la accidentada línea costera al sur de nuestro país. Lo insólito del movimiento que sacudió el centro de México el 19 de septiembre de 2017 —fecha que pareciera sugerir un humor macabro por parte de la naturaleza— fue ciertamente el epicentro: en los límites entre los estados de Morelos y Puebla, muy lejos de la costa.

Por su ubicación, el epicentro fue particularmente dañino para un área que no sólo se distingue por su densidad demográfica, sino también por la abundancia de edificios históricos legados por la colonización europea desde principios del siglo XVI. Fue precisamente entre los valles de México, Puebla y Morelos, además de Tlaxcala, donde la evangelización cristiana dio sus primeros pasos sobre tierras continentales. Testimonios del proceso colonial y los trastornos más radicales enfrentados por los pueblos indígenas son esas centenas de iglesias y capillas construidas por los propios indígenas. Muchas de estas capillas guardan hoy cientos de imágenes de santos talladas en madera, las cuales, más allá de su simbolismo religioso, son en conjunto un baluarte artístico e histórico.

Si algún sitio se destaca por conservar abundante patrimonio histórico y arqueológico es precisamente el área azotada por este sismo “intraplaca”. Luego de las circunstancias que produjo el sismo, el resguardo y protección de dicho patrimonio se revela como una tarea urgente y titánica para la institución responsable de ello: el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Como suele ocurrir, este tipo de eventos catastróficos saca a la luz lo mejor y lo peor de nuestra sociedad, y un complejo desafío a las instituciones. Fue por iniciativa de la Coordinación Nacional de

\* Coordinación Nacional de Antropología, INAH (isralazcarro@yahoo.com.mx).



Nave lateral de la iglesia de San Andrés Cuauhtempan, gravemente dañada, Tlayacapan, Morelos.  
**Fotografía** © Israel Lazcarro.

Antropología (Cnan), con el impulso dado por la Dirección General del INAH, que acudí a Tlayacapan, uno de los municipios más dañados por el sismo en Morelos. Las siguientes líneas surgen de esa experiencia.

Tlayacapan es la cabecera municipal de la demarcación con el mismo nombre. Es uno de los pueblos emblemáticos del norte de Morelos, pues conserva arquitectura colonial de enorme valor histórico, al haber sido uno de los primeros pueblos donde los agustinos hicieron levantar un monasterio, tres años después de haber llegado al continente americano, en 1533. Además del conjunto conventual, en Tlayacapan hoy se conservan hasta 27 capillas, muchas de ellas edificadas desde el siglo XVI, aunque la mayoría se erigieron durante el XVII.

Todos esos edificios coloniales quedaron dañados en extremo luego del sismo. En particular, el estado del conjunto conventual resulta preocupante, ya que presenta gravísimos daños en la bóveda de cañón y algunos derrumbes en el altar neoclásico. Luego de mi llegada a Tlayacapan, visité el conjunto y observé que una enorme grieta se abría en el techo de la bóveda, tras el derrumbe de algunos fragmentos que dejaron un hueco de unos ocho o nueve m de largo por dos m de ancho, mientras que lo que quedaba del techo amenazaba con desplomarse. La grieta fue cubierta con una lona plástica para que impidiera momentáneamente la entrada de la lluvia; sin embargo, la intervención de arquitectos y andamiajes para sostener el edificio se reveló a todas luces urgente. El lamentable estado del convento quizá fue lo que más preocupó a los habitantes de Tlayacapan.

Muchas de las capillas dañadas conservan imágenes de santos bastante antiguas. No me causó extrañeza que la gente de Tlayacapan se preocupara, sobre todo, por salvar y restaurar a sus santos antes que los templos. Por eso, destaca el caso de san Juan Bautista, el santo patrono de Tlayacapan, cuya imagen permanece en el altar del semiderruido convento agustino. Se dice que esta imagen no pudo ser retirada —en principio, por la fragilidad estructural del edificio—, aunque muchos suponen que fue el propio santo quien no quiso retirarse: “Está ahí, sentado, y no se va a mover pues ahí está su casa”, refieren algunos ancianos. Otros más especulan que mientras san Juan esté ahí, el convento podrá reconstruirse. Sin embargo, muchos otros temen que sea el final del inmueble.

Sorprende el pesimismo respecto a la posibilidad de salvar esos edificios antiguos. Algunas iglesias quedaron tan dañadas que mucha gente asumió que ya no tenían remedio. En ciertos casos, no sin pesar, parecen estar dispuestos a derrumbarlas por completo, de modo que se asombran al escuchar que los arquitectos aseveran que es posible salvar los templos.

La historia es otra en el caso de las imágenes de los santos. Así, por ejemplo, una pierna hecha en madera, perteneciente a una imagen de san Pedro, se fracturó tras caer por el sismo. Desde entonces, el mayordomo de la capilla de Altica tiene a la imagen recostada en su cama, en espera de la asesoría de algún restaurador. Otros mayordomos más muestran preocupaciones análogas para restaurar dedos, cabezas y brazos de diversos santos dañados. Muchas imágenes son bastante antiguas y, por fortuna, se conservan gracias al cuidado de los mayordomos, quienes hoy las protegen e incluso hacen guardias nocturnas, ante la amenaza de que la delincuencia organizada está tras estas



Fachada dañada del convento de San Juan Bautista, Tlayacapan, Morelos.  
**Fotografía** © Israel Lazcarro.



Bóveda del convento de San Juan Bautista en riesgo de colapso, Tlayacapan, Morelos.  
**Fotografía** © Israel Lazcarro.

imágenes para su venta en el mercado negro. Mientras estuve en Tlayacapan, algunos pobladores me hicieron saber del peligro que ocasionó gente armada que aprovechaba el caos provocado por el sismo, la cual se desplazaba por diversas localidades a bordo de motonetas y buscaba puntos vulnerables para robar las imágenes. Por eso, los mayordomos se organizaron para resistirlos. De hecho, los últimos 10 años han sido particularmente difíciles y, por desgracia, algunas imágenes fueron robadas, como en el caso de Santiago Caballero, en la capilla del Barrio de Santiago, del que sólo quedó su caballo como pieza original.

Algunas de estas imágenes destacan por su técnica de elaboración prehispánica, en la que se utiliza pasta de caña de maíz, la cual dota a estas obras de especial valor histórico e incluso antropológico. Es el caso de un par de crucifijos y dos imágenes de san Agustín, elaborados con esta pasta liviana, bellamente ornamentados, aunque muy deteriorados. Tras el sismo, éstas fueron resguardadas por los mayordomos de San Agustín Amatlipac, cuya iglesia quedó parcialmente dañada, en especial la torre, que amenaza con derrumbarse en cualquier momento.

El riesgo de colapso de este inmueble es tan alto que la fiscal de la iglesia, una mujer que roza los 40 años, a duras penas me permitió entrar al templo. Ahí pude ver una talla en madera de san Agustín, arrumbada en un rincón, apolillada y metida en una bolsa plástica. La imagen estaba apoyada en el muro de la torre y se mojó debido al agua de lluvia que se filtraba a través de las grietas. Sin embargo, la fiscal no se atrevía a retirarla, pues temía que cualquier movimiento derrumbara la torre; según ella, el santito sostenía el muro. Me arriesgué a quitar la imagen de ahí para colocarla, junto con todas las demás, fuera de la iglesia. Resulta curioso que, en todas las imágenes religiosas, san Agustín, el obispo de Hipona, siempre aparece sosteniendo una iglesia —un templo en miniatura fracturado que el obispo sostiene en su mano, metáfora de su papel como teólogo de la Iglesia—, función que, de hecho, ejercía literalmente en el caso de la iglesia de Amatlipac.

Las posibilidades de colapso que se observan en la iglesia de San Agustín Amatlipac no son un caso aislado. De las 17 capillas ubicadas en las inmediaciones de la cabecera, la gran mayoría presenta daños fuertes en torres, campanarios y techos. Sin embargo, la que presenta los daños más graves es la capilla del Señor de la Exaltación, cuya cúpula se vino abajo, además de presentar grietas severas en la nave. Dado el nivel de destrozos en esta capilla, la gente juzga que no es posible repararla y que resulta necesario demolerla. Al parecer, los pobladores no tienen memoria de sismos anteriores y se sorprendieron al saber que sus capillas fueron restauradas a lo largo de los siglos, luego de sufrir daños causados por eventos similares.

En lo que respecta a la capilla de Altica, si bien los daños se limitaron a grietas en la nave y el pórtico, la torre quedó tan mal que los mayordomos resolvieron, por desgracia, derrumbarla. Los trozos de la torre están apilados frente a la capilla. Aunque los arquitectos del INAH evaluaron los daños y dieron las directrices para la restauración, desafortunadamente llegaron tarde. En cambio, destaco el caso de la capilla de San Martín, severamente dañada, en especial sus dos torres, que debido a sus múltiples fracturas están a punto de colapsarse. Como en la iglesia de San Agustín Amatlipac, al notar



Aspecto interior del semiderruido convento de San Juan Bautista, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.

que las torres presentaban graves daños, los mayordomos y la gente del lugar creyeron que era preferible tirarlas. Por fortuna, gracias a la intervención oportuna de un mayordomo que prestó oído a los arquitectos, las torres no fueron demolidas. Se trata de una de las capillas más ornamentadas y bellas del contexto arquitectónico de Tlayacapan, que requiere atención urgente. Casos similares se repiten a lo largo y ancho del municipio, del estado y del país.

Después del sismo del 19 de septiembre pasado, las brigadas de antropólogos organizadas por la Cnan y los especialistas del INAH ciertamente han desarrollado una valiosa y encomiable tarea de salvaguarda, solidaridad y apoyo, como parte de las funciones propias del instituto, organismo del gobierno federal que es el responsable de la investigación, registro, resguardo y difusión del patrimonio histórico y arqueológico de México.

A mi llegada a Tlayacapan, pronto advertí que los arquitectos y arqueólogos del INAH ya se habían movilizado en el área. No obstante, el sismo también reveló las graves limitaciones a las que se enfrenta la propia institución: si la promoción, resguardo y valoración del patrimonio histórico del país son tareas sustantivas del INAH, encontramos un ominoso panorama al advertir que la población que hoy habita el estado de Morelos no comparte semejantes criterios en relación con su propio patrimonio: evidencia de una sintomática desconexión propia de un entorno adverso, que parece haber impedido que un mensaje institucional lograra llegar a su destino, toda vez que son tareas del instituto difundir y promover la valoración del patrimonio nacional, al menos entre los propios ciudadanos.

Esto nos lleva a preguntarnos qué es el patrimonio. Como queda en evidencia, para gran cantidad de pobladores de Tlayacapan el principal patrimonio son los santos; por ello, éstos deben ser



Imagen de san José, patrono de San José de los Laureles, resguardada por sus pobladores, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.



Imágenes resguardadas por los habitantes de San José de los Laureles ante el riesgo de robo, Tlayacapan, Morelos.  
**Fotografía** © Israel Lazcarro.

objeto de protección y resguardo. Evidentemente existe un conflicto entre lo que una población considera como tal y lo que el Estado, en particular el INAH, defiende como patrimonio. En este contexto, el patrimonio se ve inmerso en dos —o más— formas de valoración y sus respectivas formas de historicidad y memoria. Al ser categoría jurídica, el patrimonio engarza al Estado y sus respectivas formas de ejercicio del poder con determinadas formas del saber, de construir conocimientos y memoria. Este engarce es del todo contradictorio, toda vez que el Estado neoliberal mexicano amparó por igual los saberes y valoraciones emanados por los investigadores del INAH, así como los saberes y formas de valoración transmitidos por la industria del turismo y el espectáculo. De este modo, el discurso de Estado mexicano es ambiguo, incluso contradictorio o casi esquizofrénico: el rescate y la reconstrucción detonados a partir del terremoto enfrentaron al INAH con Protección Civil, por poner un simple ejemplo. En torno al patrimonio histórico registrado por el INAH en Tlayacapan, el Estado lo ha instrumentado políticamente, al promover su configuración como “pueblo mágico” e imponer un régimen discursivo —arquitectónico en primer lugar— orientado a convertir cada pueblo mexicano en un bello escenario, con un reiterado esquema de lo “típico”, hecho de adoquines y tejas coloradas al gusto del turismo.

Tras largos años de constante bombardeo con imágenes y discursos estéticos “modernos”, la incompreensión y la falta de herramientas para apreciar lo propio son hoy ostensibles. De este modo, no sólo la población parece estar ciega ante su patrimonio, ya que hasta algunos funcionarios de todos los niveles de gobierno padecen similar ignorancia respecto a la importancia de

preservar el paisaje arquitectónico e histórico del país, sin montajes pintorescos. El personal de Protección Civil de Tlayacapan avaló en unas cuantas horas una cascada de demoliciones que causaron más daños que el sismo. El gobierno municipal alentó la destrucción de diversas edificaciones antiguas dañadas —de adobe en su inmensa mayoría—. Muchos vecinos advirtieron que lo anterior ocurrió sobre todo en el caso de propietarios vinculados con el gobierno municipal. En muchos otros casos, los dueños de edificios severamente dañados no se animaron a demolerlos, debido al miedo de ser castigados por un gobierno que no les garantizaba protección más que por el mero hecho de tratar de resguardar un patrimonio histórico. La impotencia fue lo que salvó gran parte del patrimonio arquitectónico de Tlayacapan, y no la valoración como patrimonio cultural e histórico.

Ciertamente, el sismo se convirtió en la coyuntura idónea para que muchos propietarios particulares demolieran edificios históricos, con miras a construir algo “moderno”, aprovechando el caos y la incapacidad del INAH para impedirlo. Desde luego, ese súbito plan de demolición en favor de construcciones de concreto se monta en otra línea de valoración patrimonial que aspira a alcanzar los estándares urbanos tenidos como “superiores”: los hogares de tabique y cemento se juzgan hoy en día más “fuertes” que los de adobe.

En general, el desconocimiento es grande en torno a las técnicas constructivas tradicionales. Mucha gente considera que los edificios dañados no tienen remedio y deben ser tirados, aun tratándose de hogares. La desconfianza hacia el adobe se profundizó al advertir que sólo los edificios construidos con este material se derrumbaron. No hay conciencia de que fueron los cambios introducidos lo que los debilitó. Sólo en un par de casos encontré a gente que se empeñó en mantener casi intacta la arquitectura tradicional, en virtud de que supo valorarla. Sin embargo, eso es raro. Los hijos de los propietarios —estos últimos personas que rondan entre los 70 y los 80 años de edad— suelen ser quienes insisten en derrumbar los edificios, en favor de estructuras más modernas y “fuertes”. Estas personas “modernizadoras” —que oscilan entre los 40 y los 50 años de edad—, algunas de las cuales ya no viven en Tlayacapan, apuestan por la venta de los terrenos para erigir hoteles o acondicionar estacionamientos.

Preocupa que quienes hoy se empeñan en derrumbar los hogares de sus abuelos heredarán en breve muchas edificaciones y tendrán la responsabilidad de su resguardo. Muchos de ellos ignoran la fortaleza estructural de estas construcciones, así como las técnicas empleadas antaño. Sólo los ancianos recuerdan cómo reforzar los muros de adobe —al introducir fibras vegetales o varas de madera entre los tabiques—, aunque ellos mismos advierten que las especies arbóreas utilizadas para esas labores hoy ya desaparecieron.

Una gran cantidad de inmuebles civiles, muchos de ellos catalogadas como patrimonio histórico por el INAH, han sido intervenidos de modo radical, sobre todo en los últimos 40 años, al punto de volverlos irreconocibles. El acceso a nuevos materiales y la necesidad de ampliar y fortalecer las edificaciones para construir pisos superiores con el fin de albergar a una población creciente motivaron el uso indiscriminado de cemento, varillas y tabiques que alteraron la mecánica de los edificios.



Torres en riesgo inminente de colapso, iglesia del barrio de San Martín, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.

La preponderancia de nuevas técnicas arquitectónicas y constructivas, así como de materiales adecuados para éstas, ha destruido los vestigios de las técnicas constructivas antiguas. De esta manera, para muchos de los actuales habitantes de Tlayacapan, así como de muchos otros espacios de residencia, no hay mejor forma de fortalecer los muros de adobe que introducirles castillos de cemento.

Por otra parte, hay quienes consideran que la construcción con adobe es mucho más cara que con ladrillos. De ahí la enorme importancia de que la presidencia municipal de Tlayacapan haya concertado con uno de los vecinos acciones para establecer una fábrica de ladrillos de adobe que proveerá estos materiales para la reconstrucción. A lo anterior se sumará la asesoría de los arquitectos y restauradores del INAH. Será de enorme importancia darle seguimiento a este proyecto.

Lo cierto es que lo que motivó las demoliciones no sólo fue un asunto de dotar de mayor fortaleza a las edificaciones. Evidentemente, el cambio en el uso de materiales de construcción empezó mucho antes del sismo y se debió, sobre todo, a los valores socialmente atribuidos a materiales de construcción como el concreto, la varilla y el cemento en los hogares, los cuales dotaron de mayor prestigio a sus habitantes. Esta valoración echó abajo las viejas casonas de adobe donde vivieron los bisabuelos, diseñadas con criterios y necesidades propias de otra época. Hoy en día, los habitantes de Tlayacapan construyen ventanas, puertas y paredes que les permiten contar con más habitaciones para alojar a una familia creciente y, en muchos casos, los propietarios de casas de adobe invierten el sentido de la pendiente de los techos, toda vez que éstos tenían una gradación que permitió el escurrimiento del agua de lluvia hacia el patio interior de los hogares, pues tal era su propósito en el pasado, cuando no había agua corriente en el interior de las casas.

Si por un lado las políticas de planeación, ordenamiento, crecimiento y remozamiento urbano que impulsan los tres niveles de gobierno han promovido la conversión arquitectónica de los espacios céntricos de los pueblos para transformarlos en relucientes sets para el turismo, las áreas habitacionales de estos mismos pueblos que se encuentran en los alrededores, al quedar marginadas del turismo y su “magia”, se transformaron de acuerdo con las necesidades de sus habitantes. De este modo, desde hace tiempo aquellas áreas son réplicas de barrios urbanos marginales, que evidencian la modernización de la pobreza, donde florecen las viviendas con paredes de tabique ligero gris sin repellar y varillas al aire que anuncian la aspiración de un segundo piso que nunca se construye por falta de recursos económicos. En el caso del municipio de Tlayacapan observamos que algunas poblaciones distantes de la cabecera municipal, como San José de los Laureles, reemplazaron casi por completo su arquitectura vernácula y hoy en día presentan una fisonomía propia de cualquier colonia de bajos recursos de la Ciudad de México. A mi llegada a esta población encontré que la gran mayoría de los derrumbes ocurrieron precisamente en antiguos edificios de adobe. Algunos de ellos fueron intervenidos con materiales de cemento que los debilitaron fatalmente.

La inmensa mayoría de los hogares de San José de los Laureles está hecha con materiales industriales. Lo anterior revela que la mayor destrucción del patrimonio histórico no la provocó el sismo, sino que se inició desde la década de 1990 y sobre todo en los últimos tres lustros, cuando muchos de aquellos edificios de adobe fueron reemplazados. El hecho de que estos inmuebles de concreto no sufrieran mayores daños con el sismo reforzó la idea entre los pobladores de que los materiales industriales son más resistentes. De este modo, apelar por la protección de los edificios antiguos hechos de adobe resulta un llamado irresponsable y totalmente fuera de lugar para los habitantes de San José.

Acaso la defensa del patrimonio histórico parezca una lucha perdida contra el tiempo y contra la fuerza de la historia. Sin embargo, intuimos que el cambio de valores, la modificación de patrones estéticos y económicos relacionados con la construcción de viviendas y con el uso de materiales industriales entre la gente de los pueblos de Morelos —y de muchas otras partes de la república— es producto de una lectura impuesta por un modelo económico y social hegemónico, el cual parece haberse adueñado —también— del tiempo y la memoria: el tiempo sólo tendrá un sentido —hacia delante, hacia lo nuevo, en una perpetua huida del pasado—, y ha de vivirse a un ritmo vertiginoso, en función de lo inmediato. Si algo del sentido estético y práctico de las construcciones de antaño, de sus técnicas y de sus materiales se conserva como memoria, sólo tiene lugar si sirve para satisfacer lo inmediato; esto es, la oferta turística. A la inmensa mayoría de los habitantes de Tlayacapan, lo mismo que a sus funcionarios de gobierno, lo que más les preocupaba era que el sismo redujera la afluencia de turistas. Por eso se apresuraron a recoger escombros y reinstalar negocios de comida o de artesanías sobre los lotes vacíos, previamente nivelados con maquinaria pesada. La reparación de edificios históricos, difícil y costosa, se convirtió en una pesadilla, un lastre del que muchos quisieran librarse lo antes posible. Si consideramos la situación adversa en que se encuentra toda esa gente dependiente de los ingresos del turismo, reconoceremos la extrema vulnerabilidad en que se encuen-



Aspecto general de la calle Emilio Carranza, cuya arquitectura civil fue derribada por sus pobladores, Tlayacapan, Morelos.

**Fotografía** © Israel Lazcarro.

tran muchas poblaciones que —para su desgracia— poseen edificios catalogados por el INAH como patrimonio de la nación.

Se advierte el gigantesco divorcio entre lo que un pueblo valora de su propio pasado y presente, y lo que una pequeña minoría de especialistas del INAH reconoce como valioso y digno de conservar. Esa gran divergencia en pareceres no resulta accidental: pasaron muchos años durante los cuales en el INAH —o, mejor dicho, sus investigadores, arquitectos y restauradores— nos contentamos acaso con “regañar a gente inculta” antes que buscar integrarla en una política incluyente de valoración y resguardo del patrimonio histórico y arqueológico. Siempre fue más sencillo prohibir una construcción nueva o impedir la aplicación de pintura de aceite sobre una talla barroca que educar y sensibilizar acerca del paisaje arquitectónico o las características artísticas e históricas de alguna imagen. Que ni el arquitecto ni el restaurador se formaron como pedagogos. Ni jamás se plantearon lo que implicaba remar contra la corriente en los medios electrónicos. Abrumados en tareas de rescate cotidianas y urgentes, los especialistas quedaron al margen de las corrientes de opinión hegemónicas. Desafortunadamente, hoy vemos los saldos de esas limitaciones.

En consecuencia, más adversos y dañinos que el sismo del 19 de septiembre de 2017 han sido los gobiernos neoliberales que desde hace tres décadas impulsan modelos de desarrollo signados por sus formas de valorar la vida, los recursos, el patrimonio y la historia. Su mirada mercantilista y utilitaria, proclive al disfrute privado de los bienes culturales, se afianzó en una población a la que el INAH poco pudo involucrar en el cuidado de su patrimonio. Para nuestra desgracia, la institución no se da



Interior de la Casa Roja, en riesgo de derrumbe, ubicada en el cruce de las calles 5 de Mayo y Benito Juárez, Tlayacapan, Morelos. **Fotografía** © Israel Lazcarro.

abasto para proteger todo lo que debería. Durante muchos años se pasó por alto que la población debía ser copartícipe en dicha protección. De este modo, el derrumbe de edificios antiguos, la sustitución de materiales y la súbita transformación arquitectónica jamás se entendieron como una amenaza al patrimonio cultural. Todo lo contrario, los pobladores de Tlayacapan —y de muchos otros pueblos y comunidades— ven este proceso como algo benéfico que acrecienta su patrimonio.

La gestión de la memoria y su eventual patrimonialización son movimientos culturales que, tras la desestructuración de las comunidades campesinas que existían en Tlayacapan, fueron gradualmente asumidos y encabezados por el Estado, y a esta tarea se abocó el INAH. La llegada de un Estado neoliberal, lejos de resolver ese desequilibrio entre lo valorado por una población y lo que patrimonializa el Estado, terminó por consumir ese divorcio entre lo público y lo privado, entre lo “culto” y lo “popular”, entre lo prescindible y lo rentable. El Estado neoliberal, junto con la pobreza, la ignorancia y la delincuencia propiciados por él, se revela así más destructivo que cualquier terremoto.